



PEDRO ZARRALUKI,

ESCULTOR DE FICCIONES

José Ramón García
Reportaje fotográfico: JAP

P] Pedro Zarraluki visitó el IES Pablo Serrano el trece de diciembre de 2006, dentro del programa de “Invitación a la lectura”. Mantuvo un animado encuentro con los alumnos de Bachillerato. Tras la firma de ejemplares, y robándole un breve instante de su apretada agenda, comenzamos esta entrevista. Sólo gracias a su interés y dedicación, salvando las distancias y sacrificando su tiempo personal, pudimos terminarla.

Alguna vez ha señalado que a través de la literatura se puede cambiar y mejorar el mundo. Pero cómo sostener este pensamiento en esta sociedad cada vez más escéptica y menos lectora.

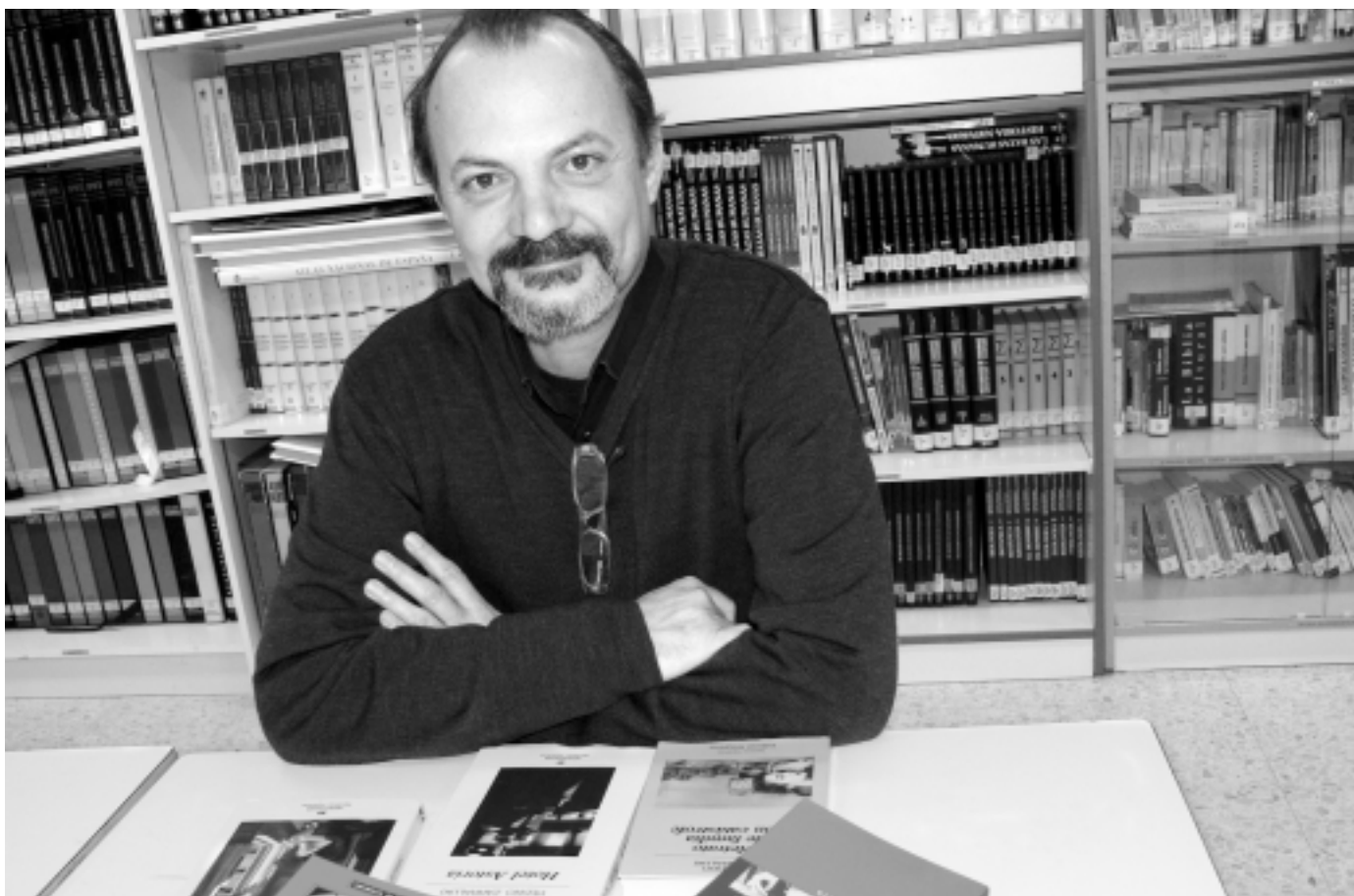
No estoy seguro de que la sociedad sea cada vez menos lectora. Por el contrario, estoy seguro de que actualmente se lee más que antes. Además, no creo que todo el mundo tenga por qué leer, no es una obligación. De hecho no juzgo con desprecio a aquellos a

los que no les gusta leer. Si acaso, simplemente, con algo de lástima por lo que se están perdiendo.

Respecto a la afirmación de que la literatura puede cambiar y mejorar el mundo, tal vez sea demasiado optimista y algo irreal, pero sí es verdad que los escritores ofrecemos una visión del mundo. Mi generación surgió enfrentándose a la literatura experimental. Queríamos recuperar el gusto de contar historias. Así, nosotros ofrecemos explicaciones del mundo con las que el lector puede reconocerse o de las que puede disentir. Es el gran juego de la literatura, que quizá sea la manifestación más lúdica del pensamiento.

¿Cómo justificaría a los jóvenes de hoy el gusto por la literatura en un mundo tan materialista y donde no se promueve excesivamente el hábito de la lectura?

Como hago siempre, intentando explicarles que la vida de cada uno es bastante limitada, y que gracias a la literatura podemos vivir muchas otras vidas. A mí me parecería bastante aburrido estar siempre solo, sin poder convivir con el pensamiento y la fantasía.





Está claro que su convivencia con la fantasía ha sido muy fructífera. A pesar de no tener todavía una obra prolija ya son muchos los galardones conseguidos. ¿Cuál es el que le ha hecho más ilusión?

Por supuesto que el Nadal ha sido muy importante para mí. Todavía me asombro al ver la nómina de escritores con la que comparto galardón: Carmen Laforet, Rafael Sánchez Ferlosio o Miguel Delibes, entre otros. Pero la concesión de mi primer premio, el Ciudad de Barcelona, por mi novela *El responsable de las ranas*, fue el más sorprendente para mí. Entre otras razones por lo inesperado, ya que es un premio al que no te presentas. Se concede a obra publicada. Y es el premio de mi ciudad.

Hablando de premios, ¿podría hablarnos de un premio que se originó en un pequeño café del barrio de Gracia, llamado Salambó? ¿Cómo surgió la idea?

Fue en un viaje a París que realicé con mi agente y amiga Mónica Martín. Visitando los cafés literarios parisinos como La Closerie des Lilas o el Café de Flore, comprobamos que todos tenían sus propios premios literarios y decidimos que nosotros podríamos intentar hacerlo también. Gracias al trabajo de varias personas y la aportación económica e institucional de la Fnac y del Ayuntamiento de Barcelona se ha podido llevar a cabo.

Vamos por la sexta edición. El premio se concede a la mejor obra publicada el año anterior. No tiene ningún tipo de dotación económica ni para el vencedor ni para el jurado. Simplemente es un nuevo trampolín para la obra rescatada.

Hasta la fecha el jurado ha sido itinerante. Está formado por quince escritores, de distintas generaciones y de diversos gustos. Se unen a comienzos de año en el café, en una jornada maratónica que siempre acaba con un divertido cóctel de celebración.

Como ya hemos señalado, ha recibido grandes premios como el Ojo Crítico, el Heralde o, más recientemente, el Nadal. Parece que sabe convivir bien con el éxito. ¿Cómo se plantea cada nuevo reto? La concesión de tantos reconocimientos ¿no supone una carga extra de responsabilidad?

Todos los escritores queremos ganar todos los premios, no nos engañemos. Pero los libros no se escriben pensando en eso. Yo vivo los premios como una ayuda que reciben algunos de mis libros, y como tal los agradezco.

Tanto como beneficiario de varios premios como promotor de uno ¿no cree que en muchas ocasiones éstos se devalúan, anteponiendo intereses comerciales y económicos a impresiones de calidad literaria o de promoción de nuevos valores?

Todos sabemos que hay premios de verdad y premios comerciales, premios con jurados que hacen de jurados y premios concedidos de antemano. Sabemos también que casi ningún premio, por limpio que sea, es inexpugnable a la manipulación o al simple error. Que los premios a veces son exagerados, a veces injustos. Lo que me asombra es que haya gente que aún se sorprenda de ello, cuando todo en la vida funciona de la misma manera.





Por cierto, ¿qué tal se maneja un escritor en castellano en el impulsado y favorecido mundo cultural nacionalista-catalán?

Sin ningún problema. La sociedad catalana es perfectamente bilingüe, y lo demás son enredos políticos. También debo decir, desde mi posición de castellanohablante, que el catalán hace bien en desarrollar mecanismos de defensa, si no quiere acabar desapareciendo. Y no es ésta una afirmación exagerada. Lo mismo acabará sucediéndole al castellano respecto al inglés. Y si no, al tiempo.

Hablemos del proceso creativo. Podríamos decir que es un escritor que dilata el tiempo entre obra y obra. ¿Ha sentido alguna vez el mal de la escritura, el *mal du silence*?

Lo siento cada vez que termino una novela. Cuando entrego el ejemplar definitivo siempre repito la misma frase: "Probablemente ésta sea la última". Escribir, por apasionante que sea, te vacía y deja exhausto. Cuando acabo una novela, necesito hacer otras cosas, distanciarme de ella, para que pueda nacer una nueva idea y nuevas ganas de escribir.

Cuando esboza una nueva historia ¿cómo se plantea el proceso creativo?

Todos los libros nacen de forma diferente. Por lo general, lo que me lleva a empezar un libro es una idea abstracta de algo que quiero expresar, como pueda ser, en *Un encargo difícil*, la capacidad que tienen ciertas personas para sobreponerse a las desgracias. Luego hago un guión general, que por lo habitual cambia bastante a lo largo de la redacción de la obra. Y, una vez terminada, la reescribo y ajusto en la medida en que haga falta.

¿Nunca se ha planteado cultivar otros géneros como la poesía o el teatro?

Sí que he escrito algo de poesía, pero siempre han sido intentos frustrantes, demasiado afectados. Además, mi hermana es poeta y creo que está bien que en la familia nos repartamos la tarea. Ella se ocupa de la poesía y yo de la narrativa. En cuanto al teatro, es una asignatura pendiente que algún día abordaré.





Centrémonos en su última novela. ¿Desde el comienzo tuvo clara la estructura de *Un encargo difícil*? Me refiero tanto al tratamiento caleidoscópico de la historia, donde se muestran las distintas visiones de los personajes, tratando los mismos hechos desde distintos puntos de vista, como al tratamiento del tiempo, que se descompone y alterna, aunque siempre siguiendo una secuencia lineal.

A nivel técnico, quería que la novela fuera como una escultura que, para verla por completo, has de ir dando la vuelta en torno a ella. Parece una idea complicada, pero es de una gran riqueza como artefacto narrativo. Lo difícil fue conseguir que esa técnica no se notara en la lectura salvo para el que estuviera interesado en este tipo de cuestiones. Para mí fue muy difícil, y al mismo tiempo apasionante, escribir esa historia como si estuviera, de algún modo, cincelandola.

En la historia nos encontramos con una pequeña comunidad resquebrajada y que tiene que comenzar a reconstruirse. Es una sociedad donde hasta los ganadores no dejan de ser otro tipo de perdedores. ¿Fue difícil resistirse al hábito de colocar los malos en un sitio y los buenos en otro, como es usual ver en las obras que tratan sobre la guerra civil o su posguerra?

No fue difícil, porque yo quería hablar de personas normales y corrientes. Y esas personas pierden todas las guerras. Hay que dejar de pensar en las guerras como gestas épicas. El hecho mismo de que exista una guerra es ya un fracaso de proporciones trágicas, y todos los que estén implicados en ella saldrán perdiendo... salvo los que promuevan el conflicto por unos intereses, generalmente económicos, que intentarán esconder tras los grandes ideales. Hay que ser un loco fanático o un comerciante sin escrúpulos para defender que una guerra pueda ser necesaria.

En esta novela, entre otras muchas cosas, destaca la construcción de los personajes. A la mayoría de ellos los conocemos más profundamente por lo que se connota de sus comportamientos que por características explícitas. Parece que el narrador se diluyera dejando actuar natural y libremente a sus protagonistas. ¿Cómo realizó la creación de esos personajes?

Para abordar la construcción de un personaje comienzo fijándome en los movimientos de la gente que me rodea. Mis padres son pintores y desde siempre nos han inculcado el amor por la pintura. Especialmente me interesa el retrato, que para mí es el motivo principal del arte pictórico. De ese interés nace la atención que presto a los gestos. Muchas veces, los gestos y las actitudes nos transmiten más información de una persona que sus propias palabras. Por ejemplo, en *Un encargo difícil* hay un gesto característico de Felisa, los brazos entrelazados por debajo de los pechos, que lo tomé prestado de una amiga que adopta esa misma posición cuando está preocupada. Para que un personaje coja entidad hay que verlo moverse, verlo dudar, verlo tomar decisiones.

Con *Un encargo difícil*, abrió una nueva vía en su narrativa. ¿En sus próximos proyectos ahondará en la novela más pura o seguirá explorando nuevos caminos?

Cuando terminé mi anterior novela, *Para amantes y ladrones*, que es una especie de poética, cerré un ciclo en el que me había preocupado principalmente de la propia literatura. Mi amigo Ignacio Martínez de Pisón, que se dio cuenta de que con ella acababa una etapa, me preguntó "Y ahora, ¿qué vas a escribir?". Le respondí sinceramente: "Ahora contaré historias". Quería volverme hacia la novela más clásica, al uso de la tercera persona, donde el narrador se diluye y deja fluir la historia. Me siento a gusto y mi intención es seguir en esta línea. ■